

---

**La ciudad vieja.** Al asalto toman la azotea buscando un respiro, hace tanto calor que las sábanas parecen bolsas de plástico. Arrastran un colchón hinchable por los peldaños, se deleitan con las figuras que el atardecer dibuja sobre los rabos de la polución, follan como locos oyendo el zumbido del tráfico y el rotor del aire acondicionado, incluso las risas y los gritos de cristal roto si es fin de semana, les divierte esa excentricidad. Desde allí la ciudad vieja es una maqueta de terrones de azúcar, los azulejos de la caja de ahorros son ceras infantiles, un juguete de bazar sustituye al fénix de la compañía de seguros.

Sol blanco de verano, amanece. Sin el resguardo de la penumbra benigna, sus cuerpos se revisten de erupciones y estrías en lugar de bronce firme, oscuro fluido. Escaleras abajo huyen avergonzados para alcanzar la protección de las ventanas entornadas, el cedazo de la ducha que purifica y disuelve lo que no debe verse; lástima que incluso en aquella pequeña desmesura acaben comportándose tan civilizadamente, que no se atrevan a holgazanear desnudos hasta media mañana, sucios y adormilados, viles como estrellas de rock a quienes embellece la inmundicia; o como muchachos de novela que detienen el coche a la orilla del lago y saltan desde una roca aunque el narrador no cuente que el agua apesta a remanso y el fondo es limo, al pisarlo parece estiércol.

---

**Marco.** Los gorriones juegan al balancín sobre los cordeles, pequeños artistas del trapecio que observan el nadaquehacer diario de Marco. Son sucios y agresivos, boxean con sus alitas enclenques como figurillas de Street Fighter, sus corazones laten endiablados cuando Marco lanza una camisa que huele a alpiste y consigue atrapar uno, apretarlo en el puño. Durante diez, veinte segundos se extienden entumecidos sobre la mesa, luego recobran el equilibrio y escapan tropezando con la lámpara o la moldura de escayola como un avión de combate alcanzado por la artillería. A veces caen al suelo malheridos, aterrados. Marco los recoge y los deposita en el alféizar. En sus manos late el pulso diminuto, y el remordimiento, el placer culpable.

Con letra de escolar anota la fecha de cada dibujo en el dorso y lo guarda en una carpeta escondida entre la ropa de invierno. La portada dice *Apuntes de Micromaquía #1*. Otros levantan pesas, corren diez kilómetros, se afilian a un sindicato y lloriquean en el mostrador: Marco dibuja gorriones desmayados sobre la mesa de delineante donde antes trazaba superficies, plantas, alzados, engañosas de urbanismo; la carpeta envuelta en un jersey de lana, documento secreto, vida de espía.

El tiempo se derrama viscoso, toneladas de tiempo envasado y etiquetado, bien dispuesto en la alacena, su capital activo, su fortuna. Marco gobierna ese territorio como un déspota que esclaviza a sus súbditos, los obliga a hincarse de rodillas, se relame con el escote de las campesinas, es un soberano caprichoso que despilfarra su hacienda deslizándose los dedos sobre las rugosidades de la pared. No hace nada de provecho, arroja al vertedero suculentos pedazos de tiempo, se embelesa con los vide-

---

ojuegos y la pornografía que recalientan el ventilador del PC, se convierte en yonqui de todo cuanto huela a vulgaridad y humillación, arruinando la Nueva Vida que el desempleo tan generosamente le ha ofrecido.

**Lehman Brothers.** Lehman Brothers se desplomó delante de las narices del mundo atónito el mismo día que Marco fue despedido. Coincidencia cósmica: en el diario de infortunios universales su insignificante tragedia empequeñeció frente a aquel monzón bursátil que, como dicen los locutores con precisas metáforas, quebraría los cimientos del blablablá internacional.

Marco debería sentirse orgulloso, de algún modo participó en un acontecimiento formidable, hito histórico, caos apocalíptico, devastador episodio y todos esos adjetivos tan bien escogidos que los periódicos engruesan en sus papillas; orgulloso de ser un fragmento infinitesimal del gran estallido, una esquirla de intrahistoria en el mitológico combate entre Economía y Humanidad. Sólo un imbécil sin perspectivas se dejaría llevar por el resentimiento en lugar de agradecer a los dioses de las finanzas su cuota en la peripecia celestial; pero Marco, tan ingrato, es incapaz de apreciar la valiosa ofrenda, por más que busca dentro de sí no encuentra otra cosa que autocompasión y rencor. Cuando sube a la azotea en sus mañanas ociosas tan sólo piensa yo era bueno en esto, era aplicado y sumiso, nunca me retrasaba, nunca flaqueaba, no merecía una suela aplastada en mi culo.

Muy cierto: obedecía todas las órdenes, cumplía todas las funciones que le habían sido asignadas e incluso tomó algunas iniciativas que contribuyeron a pulimentar los cromados de la Lambretta que el director general aparcaba siempre a media mañana.

---

El director general: qué lince, qué intrépido, con qué precisión entró en el negocio cuando el guiso borboteaba de usura y abundancia, la guarnicionería de la motocicleta brillando como la plata, el casco extravagante como un piloto del siglo pasado, tan generoso, tan afable con los empleados, prototipo olímpico dentro de sus camisas a medida, depilación integral, esquí en los Dolomitas, surf en Mentawai.

Marta trajo un ramo de margaritas silvestres que había recogido durante el atasco matutino. La caravana se detiene, ella echa el freno de mano, salta del coche con el chaleco de emergencia, arranca un puñado de florecillas y las ata con hilo dental. Huelen a campo, a gasolina y a neumático. Martita: sus faldas de tubo, sus lindos colgantes de alpaca, aquellas blusas blancas que te inundaban de suavizante cuando se acercaba a ti para recoger el expediente y te regañaba diciendo la próxima vez llévalo tú mismo al archivo, guapo, al hacerlo su blusa te rozaba la mejilla, Marta, Martita, que puso una flor dentro de tu taza, Marco. De algún modo ese gesto alegró el ánimo de todos y, como si fuera un día de fiesta, derrocharon sus cheques en un restaurante regional, pidieron sidra, se rieron como una cuadrilla, Marco no dejaba de frotarse la corbata con una toallita de limón.

Por la tarde, el director le dijo tenemos que hablar un momento, y Marco estaba tan distraído que ni siquiera se dio cuenta de que no había utilizado ese tono risueño de siempre, palmadita, cómo te va, chaval, eres un artista. El tajo fue súbito y limpio. El director expuso motivos y condolencias, créeme que no puedo hacer otra cosa. Marco no supo qué contestar, bajó la mirada como un empleado japonés que comprende que es el bicho más miserable del orbe y reza para que el tren lo deje pronto en su

---

casa y pueda correr al cajón de los cuchillos e improvisar un lento seppuku sobre los baldosines de la cocina. Al salir del despacho no dijo nada ni miró a nadie. Se puso la chaqueta y se marchó.

Ya había anochecido, la humedad enturbiaba el halo del alumbrado público. Caminó de prisa y bien derecho, sin deambular con el cuello del abrigo de punta ni patear latas de refresco. Abrió la puerta de casa, subió de puntillas, besó a su mujer y se metió en la cama. Al día siguiente dijo me han echado del trabajo, Julia.

Julia estaba de espaldas, recién duchada. Se dio la vuelta, el pelo mojado sobre los hombros, ese aspecto desconcertante que tienen las mujeres a medio vestir por la mañana. Un hilo de agua resbalaba en su escote, leotardos de bailarina, acarició la nariz de Marco, dijo qué ha pasado, amor, la blancura atlética del sujetador, el caminito que trazaba el pequeño manantial: era demasiado. Marco rompió a llorar con aspavientos e hipidos, ella lo consoló dulcemente, ya encontraremos algo, lo besó muchas veces, sorbió sus lágrimas, despeinó su cabeza, ahora me tengo que marchar, ¿eh?, tú piensa que estás de vacaciones, ¿eh?, cocina algo rico, da un paseo, lee un poco, toma el sol en la azotea, ¿sí?

Hecho un nudo sobre la cama, Marco moqueó imaginando el brillo de la motocicleta, repitiendo en la caja de resonancia de su cabeza las gentiles frases de despedida, buena suerte, chaval, te mereces lo mejor, lástima que yo no pueda ofrecértelo. Con un esfuerzo titánico consiguió levantarse y gatear hasta el retrete. Para no oír el clamor de sus pensamientos encendió la radio, y fue entonces cuando escuchó toda esa filfa de Lehman Brothers e intentó morderse las ganas pero las lágrimas brotaban solas sobre el lavabo, incontenibles. Lloró por su derrota vergonzante, lloró por las blusas aromáticas de Marta,

---

lloró por su mesa vacía y las flores en la taza, lloró por el sujetador blanco de Julia, lloró por la bolsa de Tokio, por la Reserva Federal, por el índice Dow Jones, lloró proféticamente por RBS, por el milagro islandés, por AIG y por las miles de criaturas desprovistas de audacia e ingenio que a partir de ese día se levantarían con los puños desollados; pero especialmente lloró por los ejecutivos que llamarían al banco para retirar sus fondos de inversión y recibirían como respuesta señor/a, su solicitud será estudiada, gracias por mantener su confianza en nosotros, pobres, pobres diablos ingenuotes. Con la excepción de que ellos tenían millones y Marco sólo deudas, nada los diferenciaba, todos habían caído en la misma trampa.

**Leh-Bro.** El pequeño Leh-Bro quiso saber: «Maestro, ¿puede un hombre honesto convertirse en un hombre rico respetando el Tao y el flap-flap de las grullas sobre los campos de arroz?»

«Pequeño Leh-Bro —contestó el maestro—, qué pregunta tan estúpida. Escribe en tu tabla de arcilla: no grullas, no Tao, no dinero, no volveré a hacer preguntas como ésta», y sin decir una palabra más bajó la vista hacia el pincel y la bandeja lacada con un gesto de fastidio.

Qué estricta es la filosofía oriental, se dijo Leh-Bro, y echó de menos una porción del viejo catolicismo donde todo queda perdonado, o la generosa doctrina protestante que santifica el éxito y el lucro. Observar el comadreo de las grullas en los arrozales, leer las enseñanzas de Lao-Tsé-Keynes hasta integrarlas en su fluido linfático y barnizar pastorcitos de escayola no le parecían hazañas de suficiente envergadura; el pequeño y voluble Leh-Bro, tan siglo xxi, soñaba con dividendos infinitos, triunfo social y fiestas sexis en un apartamento gigante de Manhattan.

---

Harto de la suficiencia del maestro, Leh-Bro amarró un pañuelo con algunas cosas, saltó la valla gritando «ahí te pudras», y se evaporó de la humilde cabaña de campesinos y de su olor a calcetines. Llegó hasta la orilla del río Nung, subió a un barco, navegó durante semanas, cruzó un océano y al fin arribó a las costas doradas del continente Dow Jones, único lugar del planeta donde una diminuta pulga oriental podría convertirse en ultramillonario respetando las leyes del mercado. Oda a Alan Greenspan, el mayor de todos los seres divinos, que hizo de esta bendita tierra un hogar para la avaricia anónima.

Fue muy fácil. Comenzaba un nuevo siglo, todo era desconcierto e incertidumbre. En el kiosco compró un par de periódicos y comprendió que debía invertir sus ahorros en algunas webs descollantes. Le fue bien porque los periódicos nunca mienten, y también porque su prudencia le hizo retirar los beneficios antes de que el abasto digital se descompusiera.

Ganó tanto, tanto que no supo en qué gastarlo, y se le ocurrió inflar la ganancia con otro negocio igual de próspero sin pensar qué cosa haría con el montante final. Acariando su jardincito zen hasta agotar los ibuprofenos de la farmacia, Leh-Bro se acercaba a la sobredosis cuando en su mente brotó una idea certera: no invertiría ni un céntimo más en internet porque internet es un mundo invisible, y a Leh-Bro le gustaban las cosas plásticas y visibles como las tarjetas de crédito y las braguitas de encaje; tampoco invertiría en fábricas ni industrias porque las fábricas y las industrias huelen a goma y a pelo mojado, el suelo resbala, hace tanto calor debajo de los techos de uralita. No, Leh-Bro necesitaba algo más sencillo, algo que pudiera convenirse con un par de llamadas telefónicas como en los viejos tiempos, adorados tiempos de la chistera y el cigarro, cuando los ordenadores parpadeaban en verde y negro.

---

Masticando la última gragea, Leh-Bro fue alcanzado mágicamente por una idea reveladora que vendría a cambiar el destino del universo: casas, todo el mundo quiere una casa, comprar y vender casas. Las revistas de decoración te exigen que lo hagas, tu existencia es una nebulosa sin molduras, electrodomésticos panelables, chaise-longue donde leer cada noche un capítulo de *Mujercitas*. Hermosas casas con jardín y cercado de madera, un pequeño bosquecillo, una carretera apenas transitada por bicicletas y monopatines. O apartamentos. Pisos. Bloques de pisos y apartamentos, conjuntos residenciales, condominios.

Pero qué pereza guardar las llaves en un cajón, no encontrar nunca el llavero adecuado cuando lleguen los futuros compradores, trastear delante de la cerradura con un manajo tintineante.

Y fue la Pereza, primera de las virtudes, quien engendró en Leh-Bro la epifanía: en lugar de comprar casas será mejor comprar *la compra de casas*. Nadie puede pagar una casa de verdad, pero sí la ilusión de comprar una casa, de fingir que eres el propietario del terreno y los tabiques y no el dueño de un apunte (–) en tu cuenta corriente; la ilusión de una cena improvisada en tu propia cocina de usufructo, volován de queso y alcaparras, copas borgoñonas con tres dedos de Beaujolais, la delicia de apreciar un vino cosechero sin ambición, ah, lo mejor de la vida son las cosas sencillas.

Comprar *la acción de comprar* una casa, ahí estaba el negocio.

El mundo funcionaba así desde el xix.

Y por eso comenzó a comprar todas las *compras de casa* que pudo.

Compró *compras de casas* grandes y espaciosas, con hermosos ventanales.



---

Y su cuenta en Barbados vio que eso era bueno.

Luego compró *compras de casas* medianas pero soleadas, suelos de madera y porche con mecedora de caña.

Y su balance de resultados vio que eso era bueno.

Después compró *compras de cualquier casa*, un techo y una puerta eran suficientes, también servían casas descapotables.

Y ya no había libretas donde apuntar los beneficios.

El mundo amaba a Leh-Bro, Leh-Bro amaba al mundo, el cajón de su cómoda rebosaba de braguitas de encaje, todos decían Leh-Bro es generoso y amable, Leh-Bro se hace cargo de nuestras *compras de casa* a cambio de un pequeño interés.

El negocio de beneficencia creado por el casi altruista Leh-Bro alcanzó la beatitud, los expertos recomendaban a los pequeños inversores abrazar a Leh-Bro con ojos cerrados.

Pero en agosto de 2008,

ah-gosto,

alguien gritó desde una ventana «¡Subprime!», como si fuera un villano robótico que aplasta taxis amarillos en la Quinta Avenida, «¡Subprime!», como el meteorito que amenaza con extinguir a la raza humana, «¡Subprime!», como la palabra secreta que el magnate balbucea en su lecho de muerte.

Y los habitantes de las casas diáfanas como pistas de patinaje y los de las casas medianas y soleadas y también los de las casas pequeñas y húmedas corrieron al banco a retirar el dinero que no tenían, y señalaron temblorosos a Leh-Bro diciendo «Leh-Bro se encargará de nosotros, Leh-Bro nos acogerá en el confort de sus bolsillos».

Pero los bolsillos de Leh-Bro eran un par de zapatillas descosidas y las libretas de los contables, un puzle demasiado complejo, nadie sabía a quién pertenecía cada apun-

---

te, nadie era capaz de salir de aquel despacho-gabinete-de-crisis sin cambiar ibuprofenos por lexatines.

Y así, en el segundo trimestre fiscal del año 2008 d. C., Leh-Bro honró a los dioses antiguos, sacrificó dos bueyes cebones, libó algunas pintas de Perrier para tragar dos píldoras de nitroglicerina y confesó entre sollozos que había extraviado

2.800  
millones  
de  
dólares.

El 15 de septiembre se declaró en quiebra.

Dos días después, el buen Barclays compró las ruinas resultantes cerrando un ventajoso acuerdo: a cambio de una propina de 1.750 millones, obtuvo 72.000 millones en activos.

Activo: dinero invisibilizado con tinta china que mágicamente vuelve a aparecer pasado un tiempito.

Mientras, en su humilde cabaña a orillas del río Nung, el maestro Soros abría el periódico por la parte que nadie lee, cocinaba chop-suey y renegaba con la cabeza diciendo qué chicos tan imprudentes. Un par de calcetines se secaba en la valla del corral.

O bien,

Lehman Brothers: empresa fundada en 1844 por un emigrante alemán que se enriqueció vilmente con el algodón esclavista de Alabama.

Guerra Civil: fortuna y sonrisas para el ganador, Lehman Brothers se acomoda a la abolición e invierte en café y ferrocarriles.

---

Hundimiento del 29: ¿por qué no comprar algunas cabeceras de periódicos, dos o tres estaciones de radio?

Crisis de los 70: transmutación en banco de inversión, ya no sirve ser una caja de caudales inmóvil, pongamos a trabajar todo este dinero tan perezoso.

Primera década del flamante xxi: enriquecimiento hipertrófico a través de la compra masiva de deuda hipotético-hipotecaria.

¡Maldición!, 2008: la deuda hipotético-hipotecaria se convierte en deuda teórico-práctica y real, hasta las limpiadoras de la sede de Times Square exigen el cobro de alguna letra al pobre Leh-Bro, en la oficina florecen las notas de embargo y las papeleras repletas de bocadillos, los teclados acumulan dos dedos de grasa, alguien robó el jabón de manos, si esto sucediera en cualquier otro país estallarían una *huelga*, pero en el Universo Greenspan *huelga* es un extranjerismo que sólo se entiende en cursivas.

Consecuencia 1: crisis planetaria, todo el mundo le debía algo al Hermano Lehman o el Hermano Lehman le debía algo a todo el mundo.

Consecuencia 2: Marco es despedido.

Consecuencia 3: esta novela.

Fin.

No.

No fin.

Pregunta 1: ¿por qué fue despedido el infeliz de Marco?

Pregunta 2: ¿qué relación imposible puede establecerse entre la mingurria-Marco y su contribución al sistema con respecto al titán Lehman, que recién se descomponía?

Simplificación de la pregunta 2: ¿por qué la caída del titán Lehman supuso tan temprano el aplastamiento del ácaro-Marco?

---

Respuesta y primer motor inmóvil, desencadenante del suceso y arranque del trance intrahistórico: el joven director general. Es decir,

**El joven director general.** Caballista de su Lambretta, portador de anillo de sello y camisas a medida, ambigüedad entre el cánido de gimnasio y la distinción retro de un tres piezas, cabello de surfista como peluca de Playmobil: así era el joven director general, llamado Gonzalo en la oficina y Talo fuera de ella, sus bíceps aventaban las mangas de la americana pero no conseguían estirar el vello púbico de Martita, fiel a su marido y a una sensatez muy alejada del cliché del cine porno.

Nunca derribó a Martita Flor de Autopista pero sí a muchas estudiantes Erasmus, especialmente escocesas, las mejillas tan rojas y alcohólicas como un dibujo animado. Bastaba con subir a su montura, hacer clic en el telemando de la puerta hidráulica, trotar hasta lugares llamados Baraka o Compendium, soltar bíceps y atraer yorkshires y terriers con su delicado inglés británico, aprendido en las colonias. [El padre insistía: tiene que estudiar en el extranjero. La madre protestaba: mejor que pase las vacaciones en la playa con sus primos. El padre: a los primos los puede ver siempre que quiera, allí se juega su futuro. La madre: y por qué no en una academia. El padre: no sólo se trata del inglés, mujer, es otra cosa.] Las terriers dormían de espaldas sobre las sábanas color violeta, en un tobillo una media enroscada y en el otro un tatuaje, las chicas-yorkshires despertaban al mediodía sin saber dónde, con la sensación de haber cometido una acción salvaje y poética en un país extranjero, al abrir los ojos esperaban encontrarse en un cuartito de alquiler con suelo de terrazo y muebles de pino, no da-

---

ban crédito cuando descubrían las planchas de madera de acacia, los blancos ventanales abiertos hacia el cruce de las avenidas, las lámparas cóncavas como naves aqueas y el resto de la utilería habitual en los anuncios de café soluble que consagran el amor entre dos jóvenes guapos, blancos y urbanos. Se desperezaban, buscaban con dedos tintineantes su ropa interior, encontraban el refugio de un baño de paredes de pizarra y toallas mullidas como pelo de gato, se sentaban en el retrete y sonreían de pura felicidad aun cuando no recordaban quién, qué cosa, cuál oro las trajo allí la noche anterior, vagamente les venía la semblanza de una Lambretta centelleante esquivando taxis.

Escocesas amarillas, el joven director general nutría sus testículos de ellas, los pulimentaba con sus manos suaves como pastas de cuaderno escolar, qué importa que la boca les oliera invariablemente a mayonesa y a ginebra si el cabello rubio perfumaba las sábanas de crema suavizante y en el escote verdeazulaba la purpurina entre senos de media luna, todas las escocesas Erasmus eran largas y delgadas, poco pecho pero tan bonitas subidas a esos zapatos comprados expresamente por ser españoles, en ocasiones con falda de revista y otras en vaqueros, siempre desabrigadas aunque lloviera o helara sobre la Lambretta, el joven director general hacía scouting en los lugares adecuados y rechazaba a las más nerviosas aunque bonitas y también a las más jóvenes aunque atrevidas, pocas veces sucedió que a la mañana siguiente arrancara el llanto de la borrachera o la estampida escaleras abajo o el robo de cualquier objeto, casi todas sonreían, groguis por los doscientos metros cuadrados antes que por la resaca, se sentaban en braguitas sobre un taburete y guardaban silencio mientras él hablaba de cualquier cosa intrascendente, alguna se quedó a pasar la tarde sentada en el sofá y ejecutó ejer-

---

cicios de agradecimiento, los fines de semana del joven director general tenían algo de rutinario.

Cuando cumplió quince años comprendió de golpe ciertas cosas:

Si vas a suspenderlo todo, finge que eres un solitario incomprendido.

Si vas a saltarte las clases, inventa alguna excusa sentimental.

Si vas a robar dinero, no lo hagas en tu propia casa.

Si vas a follar con una chica, no lo hagas en tu propia habitación.

Si vas a probar metanfetaminas, no lo hagas un lunes por la tarde.

Porque mamá no se entera de nada.

Pero papá da hostias de boxeador.

Niño rico, caso perdido, fin de la historia. Tres colegios lo expulsaron arguyendo el perjuicio causado a los demás estudiantes, padres furiosos. El psicólogo hizo acrobacias verbales para decir sin que se notara que ese niño no tenía remedio, habéis criado a un mamón consentido, mancha de ricos cabrones, el precio de la consulta sólo es limosna para vosotros, yo también tengo un coche caro en el garaje pero vosotros los coleccionáis, se gastan los neumáticos y os compráis otro nuevo, llevarlo al taller es como ir al zapatero a cambiar las tapas de unos botines, durante la exploración inicial el psicólogo veterano se contuvo para no zurrarle después de cada respuesta insolente, será un perfecto tiburón para los negocios, diagnosticó.

Arrogante, violento, espabilado: los estereotipos refrescan la mente porque permiten la taxonomía, clasifican el mundo en sencillas etiquetas, colección de maripos-

---

sas, piezas de Tetris cayendo en su molde. La inquietud aparece cuando irrumpe la anomalía: el vendedor de salchichas que se convierte en director de un cortometraje, la chica inmaculada que debiera alcanzar una vida de campanillas y decide preparar oposiciones. Lo mismo sucede con el joven director general: después de la gresca de la adolescencia, tendría que haber sido un canalla, crío pijo con todo a su alcance y el resto de infamias sectoriales, pero lo cierto es que si lográsemos abstraernos del prejuicio de clase comprobaríamos que el joven director general se convirtió en un buen tipo.

Definición de buen tipo: uno que sinceramente se alegra de verte, que te llama con frecuencia, te invita a comer sólo para charlar contigo, durante el fin de semana en la casa rural se ofrece para lavar los platos, aunque pudiera enterrarte con sus tarjetas de crédito divide los gastos y no te embroma diciendo que ya está pagado.

Pasada la estación del matonismo escolar y las broncas familiares (robos, fugas, comisaría, accidentes, UCI, juicios, chicas muy ofendidas, padres enfurecidos, cheques de indemnización), Gonzalo-Talo se fue ablandando, dejó de callejear y zumbar dentro de ningún coche, se matriculó en un instituto normal, terminó los cursos, aprobó la selectividad, comenzó Económicas y abandonó en cuanto se dio cuenta de que bastaba con leer algunos tratados básicos, usar la calculadora científica, consultar confidentiales y revisar las cotizaciones de Infobolsa.

El padre recelaba y escatimaba sus recursos, la madre se moría de la vergüenza cuando dos ojos se posaban sobre ella. Talo comenzó a hibernar dentro de su cuarto huyendo del combate abierto. En aquella habitación-crisálida, enorme como sala de billar, Talo dormitaba, apuntaba cosas en una libreta, indagaba en internet y a veces leía novelas de Yukio Mishima como ejercicios espirituales.

---

Durante meses apenas salió para comer de pie en la cocina o tomar el sol en el jardín, hasta que una mañana emergió, se lavó, se vistió, cogió su cuaderno, entró sin llamar en el despacho de papá y dijo tengo una idea.

Papá desconfiaba, se hizo el duro: le prestó doscientos mil, ni un céntimo más, y le cedió un local pequeño y sombrío. Un año después, los doscientos se habían convertido en quinientos, en el local había mesas, plasmas, flores, pilistras y dos empleadas con las que ni siquiera intentó acostarse. Devolvió lo prestado, papá quiso participar en el negocio, pero Talo repuso sin rencor que aquello era cosa suya.

Los beneficios permitieron un sereno hedonismo: compró una Lambretta moribunda, la restauró pieza a pieza con ayuda de un manual escrito en italiano, viajó a Bali, a Maldivas, a Reunión, surfé en los arrecifes de Mappadegat y Telescope, aprendió fotografía y pesca submarina, devoró varias razas dim sum sin ser descortés con ninguna chica; en definitiva, renació para convertirse en el protagonista de la próxima portada de *Esquire*, tomaba pudín escocés los sábados, roast beef los domingos.

Irrita la perfección de su felicidad y avaricia freática, pero el maestro Soros pregunta: «¿Serías tú distinto si ocupases su lugar, si nacieses en esa familia, te sostuviese el mismo colchón de abundancia, fueses educado para cumbre y degüello en perpetuación de la serie binaria?» ¿Honestidad de San Francisco de Asís, desprendido de ropajes y posesiones? Ja.

Durante los veranos en el norte aprendió muchas cosas, los surfistas locales eran hostiles, les jodía que un niño de fuera viniera a aplastarles las olas, le pincharon las ruedas del coche, le robaron un neopreno en Bakio. El joven director general sabía que la prosperidad ajena es una porción difícil de engullir, en los rompientes desco-



---

nocidos cedía el paso como un conductor viejito que no se atreve a franquear el cruce. Detrás de esa serie vendría otra, no tenía ninguna prisa, prefería una Lambretta 150 a una BMW 500.

**Dimensión individual del trabajo.** *El trabajo desarrolla y perfecciona las aptitudes del individuo. Cuando se ejerce de acuerdo con los gustos e intereses del trabajador, es una fuente de satisfacción y estímulo, es decir, una fuente de realización personal.*

*Sea grato o ingrato el trabajo que realizamos, siempre debemos aceptarlo como un reto que nos obliga a capacitarnos y a exigirnos una verdadera ética profesional.*

*Sociedad 8, Educación General Básica.  
Santillana, 1985.*

**Un verdadero artista.** Su trabajo era el de un verdadero artista, no se mezclaba con la zafiedad de los agentes comerciales ni desgastaba su talento con el escrúpulo de los contables. Tomaba los planos incomprensibles de una nueva promoción de adosados —a tan sólo hora y media del centro— y a partir de aquel galimatías de cálculo de cargas, basamentos y puntos de luz elaboraba prodigiosas simulaciones con aceras limpiísimas, elegantes marquesinas, jardines de ajedrez, perros esponjosos y niños comiendo helados. Era meticuloso como un artesano, dibujaba a pluma cada pieza y sólo después digitalizaba la viñeta con los cromos más puros del arco iris Pantone. Siempre llevaba camisa y corbata pero le habría encajado mejor la visera de un obrero de imprenta, la bata de un pintor figurativo.